

“Hay que dejar claro que la universidad es una realidad política por que es una realidad histórica”.

Entrevista con Héctor Samour

Por Daniel Miguel Juárez

TEMA. Compromiso Social Universitario.

Héctor Samour nació en San Salvador en 1952. Después de obtener un profesorado en ciencias y licenciarse en filosofía en 1979, pasó a formar parte del Departamento de filosofía de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador (UCA). Desde ese año hasta el presente ha impartido numerosos cursos sobre temas diversos de historia de la filosofía, metafísica, epistemología, lógica, filosofía política, filosofía del derecho y filosofía latinoamericana. Entre 1980-1982 realizó estudios de maestría en filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En 1994 obtuvo en la UCA una licenciatura en sociología y en el 2000 obtuvo en la misma universidad un doctorado en filosofía con una tesis sobre la génesis y estructura del pensamiento filosófico de Ignacio Ellacuría. Durante diez años fue decano de la Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza y en la actualidad se desempeña como Jefe del Departamento de Filosofía y Director de las carreras de maestría y doctorado en filosofía iberoamericana de la UCA. Ha sido profesor visitante de Swarthmore College, en Philadelphia, Estados Unidos, y ha sido ponente y conferencista en varios congresos y foros internacionales de filosofía. Ha escrito varios libros, entre los que destacan *Voluntad de Liberación, Filosofía del Derecho y Visión existencialista del ser humano*, y ha publicado varios artículos en revistas internacionales.

1.- ¿En que momento de su experiencia académica conoce la obra de Ignacio Ellacuría?

R. Conocí a Ellacuría por primera vez en 1974 cuando ingresé a la carrera de filosofía de la UCA. Desde ahí comenzó una relación de discípulo-maestro que después se convirtió en colaboración estrecha en las tareas universitarias a lo largo de la década de los ochenta, hasta su asesinato en 1989. Su personalidad y su trayectoria vital marcaron profundamente mi vida y me alentaron a dedicar mi labor intelectual hacia un compromiso humanista, sensible a los graves problemas que padecen las mayorías populares en El Salvador y en el resto de América Latina. No se trata de asumir la liberación de una forma meramente teórica, como un tema externo en torno al cual se dan razones y argumentos para justificarla, sino como una forma de vida, como una forma de existencia entregada a la ingente tarea de superar la negatividad y la maldad históricas y abrir cauces para posibilitar un proceso humanizador y liberador en la situación concreta en la que estamos ubicados. No debe haber disociación alguna entre la forma de vida del intelectual y lo que inspira su labor teórica.

2.- En un texto titulado *La Universidad, Derechos Humanos y mayoría populares*, Ellacuría propone dos tareas que deben ser realizadas por la Universidad (se comprende tanto pública como privada); *“la formación de técnicos, así como la transmisión de esos*

saberes técnicos a la sociedad y la formación de élites dirigentes”, ante estas dos tareas ¿cuál es la posición de La Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”?

R. No sé si se habrá leído bien ese artículo de Ellacuría, pero ahí afirma todo lo contrario. La pregunta fundamental que se hace Ellacuría en dicho texto es la siguiente: ¿Por qué la universidad debe ocuparse *primariamente* de las víctimas de la sociedad o de las víctimas de todo sistema? Su respuesta es que la existencia de mayorías empobrecidas y de grandes sectores excluidos en las sociedades latinoamericanas es un hecho real, es un hecho irracional y es un hecho injusto, y la universidad por las exigencias de la realidad, de la razón, de la verdad y de la justicia, no puede sino asumir su superación como objetivo primario de su misión universitaria.

Ellacuría insiste en esto, porque está combatiendo la idea de que la universidad debe dedicarse *primariamente* a atender las necesidades del sector productivo y de la modernización de la sociedad, y *secundariamente* a ejercer una función social supletoria a favor de los sectores pobres. En este modelo, que es el predominante en estos tiempos de globalización, la universidad busca atender *primariamente* las necesidades de las empresas y de los productores en detrimento de su quehacer social y político y de la actividad humana. Según esto, a la universidad se va a aprender los saberes, las experiencias, las herramientas para el aprendizaje y los contenidos básicos. A la universidad le corresponde introducir a los alumnos en el mundo de la ciencia y de la tecnología, con todo lo que implica de modernización de las mentalidades y de sometimiento a la autoridad académica y a la disciplina estricta del aprendizaje. Lo cual puede ser cierto y válido, pero no es suficiente para el tipo de universidad que la UCA ha pretendido ser y pretende ser, en el contexto de la realidad histórica salvadoreña, centroamericana y latinoamericana.

Ellacuría, en el artículo mencionado, denuncia justamente la “trampa mortal” de este tipo universidad cuyo rol se reduce a dos tareas que se supone deben ser realizadas por ella y que tienen que ver con el desarrollo y el crecimiento económico: la formación de técnicos, y en general de élites dirigentes, y la transmisión de determinados saberes técnicos, sin los cuales una sociedad no podría subsistir, una vez que se ha entrado en el círculo del mercado capitalista. Se dice que la sociedad necesita la formación de élites dirigentes para afrontar las necesidades de las mayorías pobres, con lo cual o se robustece más a los detentadores del poder económico, que racionalizan así su dominación con la ayuda de élites dirigentes, muchas de ellas formadas en la universidad, o se crea una clase de tecnócratas, que busca su propia reafirmación y autoreproducción, que le permite ser una minoría y le permite separarse de los modos de vida de las mayorías populares. El segundo aspecto consiste en la recepción de unas técnicas y de un conjunto de saberes, valores y pautas de conducta, que se suponen son necesarios para el desarrollo y para una vida “feliz”, pero que, de hecho, son el cebo para perpetuar el sistema, en el cual siempre son favorecidos no las mayorías populares, sino los más fuertes, los que lograron inicialmente una mayor acumulación de capital y de recursos educativos.

Entonces, la salida a la trampa mencionada está en que la universidad asuma conscientemente a las mayorías populares como su objetivo último e integral. Para Ellacuría la liberación y la superación de las mayorías populares tienen en sí mismas características más que suficientes para potenciar e integrar cualesquiera objetivos legítimos, que pueda proponerse la universidad

como un todo o en cada uno de sus sectores, ya sea en el ámbito de la docencia, de la investigación y de la proyección social, sin perder por ello rigor científico y calidad académica y técnica.

3.- Ellacuría tenía muy en claro la dificultad de la estructura universitaria en relación a otros sectores de la sociedad, *"el separarse lo más crítica y radicalmente posible de las exigencias del sistema en la cual vive y que de algún modo se ve obligada a servir"* y por otro lado; *"volcarse al servicio liberador de las mayorías oprimidas"*. Ante esta encrucijada, cuál es la situación de la UCA y el compromiso actual para con las *minorías oprimidas*.

R. Ellacuría afirma esto en el sentido de que la universidad debe convertirse en un "lugar de libertad", entendiéndolo por dicha libertad, no lo que comúnmente entendemos por ella, ya sea libertad de cátedra o autonomía universitaria, sino el esfuerzo que debe hacer la universidad en cuanto tal para liberarse, para separarse lo más crítica y radicalmente posible, de las exigencias del sistema y al cual de algún modo se ve obligada a servir (momento de liberación-de), con el fin de "volcarse al servicio liberador de las mayorías oprimidas" (momento de liberación-para).

Es un esfuerzo de liberación que también debe realizar la comunidad universitaria, porque si esta comunidad reproduce los intereses del sistema social imperante y de las minorías privilegiadas (y no oprimidas, como se afirma en la pregunta), si los estudiantes acuden al recinto universitario para lograr un puesto dominante y lucrativo en una sociedad injustamente estructurada, ya nos encontramos con una seria hipoteca de la labor universitaria ideal; si, lo que es peor, los profesores acuden a la universidad con las mismas disposiciones e intereses con que otros profesionales acuden al mercado de trabajo, bien poco será lo que se pueda hacer. Si ni ellos ni la universidad como un todo están liberados de los préstamos que hace la sociedad para obligar a sus miembros a someterse a sus demandas, el ingente esfuerzo por ponerse a favor de las mayorías populares y de las víctimas del sistema en general, está condenado al fracaso desde el principio.

Ahora bien, realizar esto no es fácil. Hay que entender que nos encontramos en el camino de transformar la universidad hacia este ideal, pero que al intentar hacerlo tenemos también que ser realistas (que no es lo mismo que ser pragmáticos y acomodaticios) y tener en cuenta las posibilidades reales y los recursos con los que contamos (no solo en recursos humanos, sino también en recursos materiales, tecnológicos y financieros). Además, nuestros estudiantes y nuestros profesores, y todo el personal administrativo de la universidad, están sometidos al condicionamiento de la sociedad, a sus influjos y seducciones, y a toda la diversidad de mecanismos que tiene el sistema en la actualidad para troquelar las conciencias y someterlas a sus exigencias. En este sentido, es importante que haya en la universidad un núcleo de gente comprometida, con claridad y convicción de lo que debe ser una universidad distinta de inspiración cristiana, que asuma el liderazgo para orientar el cambio de la universidad en el sentido requerido, utilizando lo más eficientemente posible los recursos con los que cuenta. Eso es lo que ha intentado hacer la UCA en los últimos años.

4.-La región de Centroamérica, al igual que otras de Latinoamérica y del mundo, es una zona donde la concentración de la riqueza es profundamente desigual. En algunos casos, Organizaciones No Gubernamentales (ONG'S) han ocupado el lugar tradicional del Estado, trabajando con sectores de la sociedad altamente marginados y excluidos del proceso de "modernización". ¿Qué papel debe, en estos tiempos, representar la Universidad para disminuir esta preocupante desigualdad?

R. La universidad debe jerarquizar sus actividades según el criterio de las mayorías populares y de lo que más favorece la satisfacción de sus necesidades y, en definitiva, su liberación. Este principio permite jerarquizar qué se debe investigar prioritariamente, qué se debe intentar enseñar y cómo, qué dimensión debe tener la universidad y cuántos alumnos deben ser aceptados, qué carreras deben tener prioridad y como deben ser estudiadas, qué valores y qué formación profesional deben ser impartidos, qué estructura debe tener la propia universidad.

De lo que se trata no es crear una "universidad popular", en el sentido usual que se ha entendido, ni una universidad que dedique una parte sustancial de su esfuerzo a la extensión cultural o al servicio social, sino una universidad que se convierta en la "razón pública y procesada" (Ellacuría) de la razón de las mayorías populares, de los sectores marginados y excluidos, la cual siendo verdadera razón, no puede presentarse como tal, porque no se les ha posibilitado articular su razón en razones y razonamientos que puedan hacerse presentes en el "foro público" y hacer valer así sus demandas e intereses.

Esto implica hacer de la cultura el campo propio de la actividad universitaria, entendida la cultura como acción cultivadora y transformadora de la realidad. La cultura creada por la universidad tiene así una esencial sentido práxico. Lo que se debe buscar es la configuración de una conciencia colectiva debidamente procesada y convenientemente operativizada en función de los cambios necesarios para lograr la liberación, pero sin caer en un idealismo de la historia, que supone que los cambios se darán en el puro ámbito del saber y de la conciencia con independencia de las estructuras sociales y de la praxis colectiva.

En la búsqueda de esta cultura crítica y liberadora, la universidad debe intentar dar resonancia al sentir profundo del pueblo, al sentir de sus necesidades, de sus intereses, de sus sentimientos, de sus apetencias, de sus valores. Cultura nacional no es, entonces, folklore nacional, aunque el folklore puede que exprese algunos aspectos importantes del ser popular. Se debe evitar, por tanto, una consideración estetizante de la cultura nacional que puede llevar al narcisismo y la quietud. La cultura debe ser vigilancia despierta, tensión hacia el futuro, transformación. Lo que está en juego en la cultura es la realidad histórica de un país o de la región. La cultura debe ir también a la constitución de nuevos valores, lo cual supone desenmascarar los presentes, en muchos de los cuales se legitima la dominación. Desde esta perspectiva, la cultura se convierte en crítica ideológica o lucha ideológica, lo cual supone sacudimiento y ruptura con la cultura dominante.

Esta es la manera como la universidad puede convertirse en "conciencia crítica y creadora" de la realidad socio-histórica. Se debe construir una cultura liberadora –decía Ellacuría- para no dejar "la historia de un pueblo en las manos exclusivas de los cultivadores políticos del pueblo, de los cultivadores que buscan el poder (supuestamente) para el pueblo, y ya no digamos de

cultivadores de otro corte político". La cultura de la universidad debe ser "una cultura que rompa todo vínculo de dominación, una cultura que avance hacia una liberación siempre mayor, pero una cultura realmente vivida en cada paso del proceso".

El método fundamental de la acción universitaria en esta tarea es, según Ellacuría, el de la "palabra eficaz". Por palabra hay que entender aquí la comunicación recibida y comprendida de la cultura reelaborada por la universidad. Cultura y palabra son así inseparables; la cultura de la universidad no puede quedarse dentro de ella sino que es, desde un principio, cultivo, acción o, al menos, principio de acción. Esta palabra debe caracterizarse por ser "poderosa", en el sentido de su racionalidad y científicidad, y debe mostrar su eficacia en diversos órdenes: en el orden del análisis de la realidad, del juicio que esa realidad merece y de los medios para transformarla; en el orden del enjuiciamiento ético tanto de orientaciones generales como de determinadas acciones públicas. Lo que se debe pretender es que esa palabra se haga historia, porque es la única manera de que sea eficaz.

En esta línea Ellacuría recalca que la actividad universitaria no busca primariamente la transformación de las personas, sino de las estructuras. No es que ambos objetivos –la referencia a las personas y la referencia a las estructuras– sean contradictorios o que se excluyan entre sí, pero el poner el acento en una de ellas cambia notoriamente la dirección del trabajo universitario. La universidad debe focalizar su aporte específico sobre el problema estructural. Aquí está implícito un supuesto filosófico en el planteamiento ellacuriano, de raíz zubiriana: la única manera de alcanzar la realidad y de atinar con su esencia es alcanzar su estructura, de lo contrario "no se encontrará la realidad". Es decir, no hay otra posibilidad de alcanzar una dimensión como es la realidad socio-histórica, que la de ir en busca de sus estructuras; de lo contrario, la realidad perseguida a través de sus partes o de sus individuos, es evidentemente inalcanzable, y aunque fuera alcanzable, resultaría inoperable.

Este acento en lo estructural puede parecer que soslaya lo personal, o por lo menos minimiza su importancia en la labor universitaria, pero lo que hay que entender es que la realización de lo personal no puede concebirse realísticamente al margen de lo estructural. La pregunta, entonces, es qué estructuración de la sociedad permite el desarrollo pleno y libre de persona humana y qué acción personal en la transformación de las estructuras debe ser la de quienes en ella participan. En definitiva, se trata de que la universidad, con su ciencia, su técnica, su profesionalización y su composición misma, se realice participando en una praxis histórica de transformación de estructuras, y que en esta acción y objetivación históricas posibilite la recuperación del ámbito real para una auténtica entrega y realización personal.

5.- Desde la perspectiva teórica, Max Weber por ejemplo, siempre dejó claro las funciones típicas de la actividad académica y política ("*La ciencia como vocación y la política como profesión*"), Ellacuría, por su parte, propone involucrar el trabajo académico con otros sectores de la sociedad, principalmente a los sectores que él denomina las "mayorías oprimidas", en una mezcla de teoría y praxis. Esta posición lleva sin duda a una politización de la universidad, ¿Se tiene que politizar la universidad para comprender a los sectores de la sociedad menos favorecidos?

R. Hay que dejar claro que la universidad es una realidad política por que es una realidad histórica. Esto significa, por un lado, que no existe *la* universidad o una universidad que deba implantarse en todos los tiempos y en todos los lugares –punto importante para no trasladar mecánicamente modelos impuestos de universidad-; por otro, significa que la universidad está condicionada por lo que es la realidad en la que se da, y que, por lo tanto, debe esforzarse en no ser arrastrada por lo que es su contexto histórico, buscando contra-condicionar o transformar dicho contexto desde su carácter de universidad. De aquí se desprende que no puede ni debe haber una universidad a-política. No debe haberla, porque una universidad que no quisiera positivamente y desde sí misma ser política, estaría forzosamente politizada, pues tendría una u otra relación con el poder del Estado y tendría uno u otro influjo sobre el conjunto de poderes que condicionan el ser de la sociedad; sería política a su pesar, esto es, irracional e indeliberadamente, lo cual sería la negación de su propia esencia.

Por tanto, por universidad política Ellacuría entiende en primer lugar, una universidad que debe pretender incidir sobre la reestructuración y conformación de la sociedad, de los poderes sociales y, mediatamente, de los poderes político-estatales. En segundo lugar, que no sea universidad y “además” tenga algunas actividades políticas, sino que toda su labor universitaria esté orientada y animada por una clara intencionalidad política, que no distorsione la especificidad de la labor universitaria, pero sí la obligue a optar y a orientarse por una opción socio-política fundamental. En tercer lugar, que tenga un juicio y una opción fundamentales sobre la realidad política como un todo y sobre la dirección que ha de dársele a esa realidad política. Y, finalmente, que permanentemente se pregunte por qué fuerzas de la sociedad está consciente o inconscientemente dirigida y a qué fuerzas está positivamente sirviendo o negativamente dejando de servir.

Desde estos presupuestos, Ellacuría afirma que, en nuestro contexto histórico, la politicidad fundamental de la universidad se elabora al darle prioridad y liderazgo a la proyección social sobre la docencia y la investigación, entendiendo aquí dicha proyección como aquella que busca prioritariamente la transformación del desorden (institucional) establecido y la injusticia que lo caracteriza. Según esto, la proyección social no debe confundirse ni con la extensión universitaria, que busca regalar migajas de cultura a grupos que no pueden acceder a la universidad ni tampoco se confunde con el servicio social, esto es, con el trabajo que alumnos y profesores pueden hacer supletoriamente en favor de determinados grupos sociales.

El objetivo último de la politización universitaria debería estar determinado por las exigencias objetivas de las mayorías populares, esto es, de los amplios sectores excluidos y marginados de la sociedad; exigencias deducibles tanto de su propia realidad objetiva en el contexto social como de su voluntad expresa manifestada en sus luchas de resistencia y de emancipación. Y esta opción preferencial por las mayorías oprimidas, desde la perspectiva ellacuriana, se realiza configurando toda la labor universitaria desde las necesidades de las mayorías y liberando el mayor potencial posible para la proyección social formalmente tal.

Esta postura parecería que atenta contra la supuesta imparcialidad del saber y de la ciencia que deberían ser cultivados en la universidad. La cuestión de la parcialidad en el conocimiento de lo real es una cuestión epistemológica debatida en el ámbito de la filosofía de la ciencia, porque supuestamente estaría atentando contra las características de pureza, objetividad y neutralidad

que deberían caracterizar el conocimiento científico de la realidad, según el paradigma del cogito cartesiano y del método científico moderno. Sin embargo, la epistemología contemporánea ha cuestionado definitivamente la orientación empirista y positivista y cada vez ha ido poniendo en claro el carácter histórico, situado y hermenéutico del conocimiento de la realidad, incluyendo el conocimiento producido por las ciencias físico-matemáticas.

Según esto, lo que afirma Ellacuría es que en sociedades divididas y contrapuestas, donde predomina la injusticia, como las nuestras, son las mayorías y su realidad objetiva el lugar adecuado para apreciar la verdad o la falsedad del sistema en cuestión; un sistema social que mantiene por largo trecho de tiempo a la inmensa mayoría en una situación deshumanizada, queda refutado por esta misma deshumanización mayoritaria. De ahí la importancia que Ellacuría le da, en la producción de conocimiento, al momento opcional por el “lugar-que-da-verdad y que hace verdad”, y que está vinculado a la postura ética que rechaza las situaciones de injusticia y de no-libertad que se dan en nuestra realidad histórica, y vinculado, también, a la valoración teórica-epistemológica que ve en aquellas las represiones fundamentales de la verdad.

6.- Por último, a 17 años del asesinato de Ignacio Ellacuría ¿cuál de sus aportaciones políticas, filosóficas, académicas y teóricas son congruentes en el análisis socio-político de la realidad actual de América Latina?

R. Los planteamientos de Ellacuría en torno al papel político de la universidad se fueron ampliando y profundizando, y fueron adquiriendo cada vez más una perspectiva mundial. En su último discurso, en noviembre de 1989, con motivo de la concesión a la UCA del premio internacional Alfonso Comín, Ellacuría volvió a reiterar la tarea liberadora de la universidad y de los intelectuales, en general, en el marco de su crítica radical a la civilización del capital y de su propuesta alternativa de una civilización del trabajo o de la pobreza. En esos momentos, Ellacuría ya conocía las dificultades, las desviaciones y los fracasos de los procesos revolucionarios en América Latina, especialmente en Nicaragua, Guatemala y El Salvador, de la perestroika en la ex Unión Soviética, de los graves problemas y de las lacras del llamado “socialismo real”, y las dificultades que enfrentaban las fuerzas progresistas en esa época, en un contexto cultural cada vez más postmoderno y conservador. Sin embargo, él siguió sosteniendo la validez y la vigencia de sus ideas sobre la misión política de la universidad y del paradigma de la liberación.

En ese discurso, Ellacuría habló de la necesidad de promover un nuevo proyecto histórico y de revertir el signo principal que configura la civilización mundial, desde la perspectiva universal y solidaria de las mayorías populares. Para Ellacuría, la actual civilización del capital ha ampliado la brecha de ricos y pobres, ha endurecido los procesos de explotación y de opresión con formas más sofisticadas, ha depredado ecológicamente la totalidad del planeta y ha contribuido a la deshumanización palpable “de quienes prefieren abandonar la dura tarea de ir haciendo su ser con el agitado y atosigante productivismo del tener, de la acumulación de la riqueza, del poder, del honor y de la más cambiante gama de bienes consumibles”. El “análisis coprohistórico” de las heces de nuestra civilización –afirmaba Ellacuría–“parece mostrar que esta civilización está gravemente enferma”.

Los hechos actuales en el escenario nacional y mundial han venido a confirmar en lo fundamental este diagnóstico y a mostrar la necesidad, por tanto, de la exhortación de Ellacuría de “revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”, con el fin de “evitar un desenlace fatídico y fatal” de la humanidad. El horizonte utópico de esta transformación debe ser la construcción de una civilización del trabajo como sustitutiva de la civilización del capital, en la que la primacía la tenga el trabajo humanizador frente al capital y sus dinamismos, que son los responsables principales del “mal común” predominante en la realidad histórica del presente y de la violación de los derechos humanos que hoy padecen las mayorías de la humanidad, alojadas fundamentalmente en América Latina, África y Asia.